

¡¡ JUAN LAGUNA PERAL !!
 ¡¡ JOSE LAGUNA PERAL !!



LA GUARDIA DE
 FRANCO, en el 18 ani-
 versario de su muerte,
 rinde este homenaje de
 recuerdo a los titulares de
 sus Centurias.



¡¡ PRESENTES !!

Entendimiento y Valoración Política del Hombre

Por JOSE MARIA DEL MORAL Y PEREZ DE ZAYAS

(Continuación)

III

NEGACION DEL HOMBRE EN EL ORIENTE ANTIGUO.

La impresión que de un modo genérico produce el mundo histórico cultural que conocemos por Oriente Antiguo, cuando queremos vislumbrar el puesto y entendimiento del hombre, es totalmente negativo. Es una impresión «masiva» en la que solo a duras penas puede vislumbrarse el papel del hombre como agente personal. El hombre se pierde en el seno de una comunidad sin forma; la comunidad se pierde a su vez en el seno de un misterioso poder exotérico y hombre y comunidad son dominados por una naturaleza de fenómenos imprevisibles y colosales fuera de toda comprensión y justificación.

Familia, religión, estado y hasta organización económica se nos presentan formando un conjunto confuso sin diferenciación aparente, y, como consecuencia de ésto, la moral, la filosofía, el pensamiento político y hasta las normas económicas, aparecen como un todo inorgánico sujeto a la influencia dominante de lo religioso, complejo sistema de doctrinas y fórmulas exotéricas, creadas, sostenidas o destruidas por una casta sacerdotal.

El hombre del Oriente Antiguo, aún alcanzando estadios de civilización elevada y de organización estable, se nos aparece espiritualmente sobreco- gido y esclavizado por la superstición que le im- po-

ne su ignorancia sobre los mil fenómenos que la naturaleza le ofrece a todas horas. Ante ellos jamás trata de buscar una explicación racional. Siente y padece del asombro de lo desconocido y le sobrecoge el terror ante lo que él cree manifestaciones de un destino implacable y vengativo. Todo lo interpreta como manifestación de la voluntad de los dioses, ajeno a toda posibilidad, no ya de rebeldía sino de simple libertad interpretativa, y por ello se entrega pasivamente, a los dictados de una autoridad—la real o la sacerdotal, con frecuencia confundidas—en la que ve simbolizada la interpretación de aquella voluntad suprema y desconocida. (No vacila en someterse a la fórmula abstracta de una institución del poder encarnada en un despotismo político-religioso, personal y glorificado, que niega cualquier otro valor humano que no sea el que emana del propio poder). El hombre, en estas condiciones, pasa a ser un objeto más de la naturaleza, una cosa, sin más iniciativa ni más responsabilidad que las dimanadas de la obediencia ciega.

Todo radica en la extraviada conciencia de las relaciones del hombre con Dios, en las que aquél queda sin explicación, justificación ni papel alguno. El hombre no veía en la divinidad, sino un poder despótico, arbitrario y antojadizo, al que había que aplacar y satisfacer. Este poder, ante el que no había sino el sometimiento más absoluto, se encarnaba en la tierra en los monarcas a los que, lógicamente, había de venerarse y prestar la misma sumisión.